

ejercitaba de hecho, su inteligencia a medida que avanzaba en el curso de su vida mortal; y este ejercicio mismo de la inteligencia del divino Salvador procuraba a su alma esta *ciencia experimental* que llamamos ciencia *adquirida*. Esta ciencia de Nuestro Señor se extendía a todo lo que una inteligencia creada puede llegar a conocer por su propia virtud; y puesto que Nuestro Señor vivió treinta y tres años en esta tierra, durante todo este tiempo ejercitó su alma y su inteligencia, y se destacó en ciencia por encima de los demás, como San Lucas nos lo enseña al decir que *Jesús adelantaba en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres* (Lc. 2 52). Pero, desde el comienzo, esta ciencia del Salvador era ya tal que ni los ángeles ni los hombres podían enseñarle nada. Estaba *lleno de gracia y de verdad* (Jn. 1 14); podía dar a todos, y quiera su divina voluntad darnos mucho.

12º El poder del Alma de Nuestro Señor.

Hay que distinguir en el alma de Jesús el poder que tiene como instrumento del Verbo divino al que está unida, y el poder que tiene por sí misma como animando el cuerpo del Salvador.

Como instrumento del Verbo divino, el alma de Jesús lo puede todo sobre las criaturas; puede obrar toda clase de milagros, cambiar el curso natural de las cosas, en una palabra, ejercer sobre todas las criaturas la autoridad divina que reside en el Hijo de Dios.

Considerada bajo otro punto de vista, es decir, como animando el cuerpo del Salvador, su santa alma tiene todo poder para conducir y gobernar este santo cuerpo y todos sus actos; y ahora que el cuerpo del Salvador está glorificado, puede llevarlo donde ella quiera con la rapidez del pensamiento, sin que nada pueda detener su marcha triunfal; puede hacerle penetrar los cuerpos; puede hacerlo visible o invisible según su voluntad siempre victoriosa. Este poder del alma de Jesús es sobre todo admirable en el misterio de su Ascensión; pues si Nuestro Señor subió al Cielo por su poder divino, no es menos cierto que subió igualmente por el poder de su santa alma, que elevaba hacia los Cielos su cuerpo resucitado y glorificado.

Finalmente, el alma de Jesús es poderosa sobre nuestra humanidad, y más especialmente sobre nuestras almas. *Toda la humanidad de Jesucristo*, dice Santo Tomás, *según el alma y según el cuerpo, influye sobre los demás hombres, tanto en sus almas como en sus cuerpos, pero principalmente en sus almas*. ¿Quién podrá decir cuán poderosa, cuán dulce y cuán amante es esta influencia del alma de Jesús sobre nuestras almas? Parece que esta gran reina de las almas las llama a todas a su luz, a su amor, a su felicidad. ¡Ah!, que nuestra alma oiga este llamado; que lo oiga y le conteste, a fin de que, así unida al alma del Salvador, se convierta con ella en luz y amor.

Padre Emmanuel André Amor y devoción al Alma de Cristo III

7º La gracia del Alma de Nuestro Señor.

La gracia es un bien espiritual que Dios crea y derrama en las criaturas dotadas de inteligencia, ángeles o almas, para hacerlas justas, santas, dignas de verlo y de poseerlo por toda la eternidad.

Ningún ángel, ninguna alma recibió de Dios tanta gracia como el alma de Nuestro Señor Jesucristo. Ella recibió de Dios la plenitud de toda gracia: Dios se complugó en enriquecerla con todos los tesoros de su liberalidad divina, haciéndola digna de ser el alma de la persona de su único Hijo, esto es, el alma de Dios.

Unida así a la divina persona del Salvador, su santa alma, colocada lo más cerca posible de la fuente de toda gracia, de ella recibe ante todo la gracia habitual, que la hace justa, santa, amada de Dios y amante de Dios. Esta gracia eleva todas las potencias del alma del Salvador a un grado incomprensible de gracia y de amor, que hace perfectísimos todos sus actos, y de un grandísimo mérito ante Dios; y esta sobreabundancia de gracia de Jesús se derrama sobre todas las almas. *De su plenitud hemos recibido todos*, decía el apóstol muy amante y muy amado (Jn. 1 16).

Dichosa de haber recibido la gracia de Dios, el alma de Jesús se siente dichosa a su vez de comunicárnosla a nosotros. Ella ama nuestras almas, y porque las ama, se goza en hacerlas partícipes de todos sus bienes. Ella da liberalmente, ya que da sin empobrecerse jamás. ¡Pidámosle *la caridad!*

8º Las virtudes del Alma de Nuestro Señor.

El alma de Jesús estaba, está y estará por siempre adornada de todas las virtudes. La razón es que las virtudes en el alma se derivan de la gracia. La gracia se asienta en la esencia misma del alma, y desde allí se derrama en las potencias del alma, que quedan adornadas de las virtudes. Y cuanto más abundante es la gracia en el alma, tanto más ricas de virtudes se hacen las potencias. El alma del Salvador, teniendo toda plenitud de gracia, tiene por consiguiente la perfección de todas las virtudes. El buen árbol de la santa gracia produce el buen fruto de todas las virtudes; y el alma del Salvador queda embellecida con ellas como una reina con todas sus joyas preciosas.

La perfección misma que las virtudes tenían en Nuestro Señor hizo que careciese de algunas virtudes necesarias a nuestras pobres almas en su estado presente de debilidad e imperfección. Nosotros, al no ver a Dios, creemos en El: es el oficio de la fe; no poseyéndolo aún, lo esperamos: es el oficio de la esperanza; dos virtudes que no pudieron existir en el alma del Salvador, porque desde el primer instante de su existencia gozó ya de la visión y de la posesión de Dios, que la hicieron inmediatamente bienaventurada.

Pero si el alma de Jesús no tuvo ni la fe ni la esperanza, tuvo todas las demás virtudes, y por encima de todo la caridad, que es la reina de las virtudes. El alma de Jesús amó, ama y amaré eternamente, con un amor incomparablemente mayor que el amor de todos los Angeles y Santos. Ninguna alma ama como el alma de Jesús; y ninguna sabe amar, si no lo ha aprendido en la escuela del alma de Jesús.

9º Los dones del Espíritu Santo en el Alma de Nuestro Señor.

Los dones del Espíritu Santo son un adorno que la mano de Dios añade en las potencias del alma, para disponerlas a seguir dócilmente las mociones del Espíritu Santo, y cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas.

El alma del Salvador fue enriquecida con los dones del Espíritu Santo. El profeta Isaías lo había anunciado en su magnífica profecía: *El Espíritu del Señor reposará sobre El: el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el espíritu del temor del Señor* (Is. 11 2-3).

Enriquecida con todos estos dones, el alma del Salvador obraba con una perfección divina. Todos sus actos, tanto los interiores como los que imperaba en el exterior, eran soberanamente santos; y por eso se decía muy justamente del divino Maestro: *Hizo bien todas las cosas* (Mc. 7 37). Habló bien, rezó bien, sufrió bien, y sobre todo amó bien. *Hizo bien todas las cosas*.

Antes de seguir, debemos responder a una pequeña objeción relativa al don de temor. ¿Nuestro Señor tenía algo que temer? ¿podía temer? ¿temió? La objeción se desvanece si se considera con atención la naturaleza del don de temor, que es ante todo un respeto profundo de la divina Majestad. Este respeto tiene su principio en el conocimiento y en la vista de la grandeza de Dios; y como ningún ángel ni alma conoció jamás la adorable Majestad de Dios como la conoce el alma del Salvador, ningún ángel ni alma tuvo jamás hacia Dios un respeto tan profundo, íntimo y filial como el alma de Jesús, de quien había dicho el profeta: *Lo llenará el espíritu del temor del Señor*.

10º Las demás gracias del Alma de Nuestro Señor.

Además de la gracia habitual y los dones del Espíritu Santo, que embellecen al alma, decoran su interior, elevan las potencias y hacen meritorios los actos, hay en el tesoro de Dios gracias de un orden diferente que llamamos *gracias gra-*

uitamente dadas, porque no tienen por efecto directo comunicar mérito a quien las recibe, sino que le son concedidas para ciertos efectos exteriores y sensibles con los que se manifiesta el poder de Dios o se demuestra la verdad de la fe. Tales son el don de hacer milagros, de curar enfermos, de hablar toda clase de lenguas, de leer en los corazones, de profetizar el futuro, etc. Todos estos dones fueron comunicados al alma del Salvador, la cual los poseyó además en toda su plenitud; lo cual quiere decir que tuvo estas gracias de modo permanente, para valerse de ellas cuando lo juzgara conveniente, y para comunicarlas a los demás en los tiempos, lugares y medida conocida de Dios y determinada por El en su infinita sabiduría.

11º La ciencia del Alma de Nuestro Señor.

Además de la *ciencia divina* que reside en Nuestro Señor en cuanto Verbo eterno del Padre, hay en El una *ciencia humana* que reside en su santísima alma. No podía ser de otro modo, ya que Nuestro Señor, al asumir la naturaleza humana, debía asumirla con todos los dones que le son connaturales. Y como el alma es creada para conocer, su inteligencia requiere un objeto cognoscible; y cuando alcanza este objeto, el alma posee la ciencia. Así sucedió con el alma de Nuestro Señor, que en este punto no debía ser inferior a las almas de los demás hombres. Y cuando aplicamos nuestro propio espíritu a conocer la ciencia del alma de Jesús, hallamos en ella:

1º La *ciencia de los bienaventurados*, es decir, el conocimiento luminosísimo que logran con la visión de Dios. El alma de Nuestro Señor conoce por esta ciencia a Dios mismo, con un conocimiento más elevado que todas las demás almas y que todos los ángeles; por esta ciencia también el alma de Nuestro Señor conoce todas las creaturas pasadas, presentes y futuras; y por ello mismo conoce también todos los actos, méritos y deméritos de estas mismas creaturas; y se puede decir, sin dudar, que ella penetra hasta lo infinito en este conocimiento de todas las creaturas.

2º Además de este conocimiento, hay en el alma de Nuestro Señor una ciencia de un orden menos elevado, pero que le hace conocer las cosas de otro modo; se la llama *ciencia infusa*, es decir, *derramada* en el alma por la mano liberal de Dios. Por efecto de esta ciencia el alma conoce las cosas, no en Dios –como en la ciencia que resulta de la visión beatífica– sino en sí mismas, y por medios proporcionados a la naturaleza del alma humana y al modo como en esta tierra conocemos las cosas. Por la ciencia infusa, el alma de Nuestro Señor conoce todo lo que el hombre puede conocer mediante la luz de su inteligencia, como son todas las cosas que constituyen el objeto de las ciencias humanas; por ella también Nuestro Señor conoce todo lo que los hombres pueden aprender por revelación de Dios, como son los secretos de la divina sabiduría, las profecías, etc.; el alma de Nuestro Señor conoce todas estas cosas mejor que todas las demás almas.

3º Finalmente, hay en Nuestro Señor una ciencia que se llama *ciencia adquirida*. El alma de Nuestro Señor, al ser semejante a las nuestras, podía ejercitar, y